



3. El tucán Pepe

Kenko no volvió a ser la misma. Ahora entendía realmente la importancia de cuidar del Crope. No era un juego y se sentía la auténtica responsable del bienestar de los animales. Además, los momentos compartidos con Tumaini le habían cambiado y ahora quería ser tan inteligente, fuerte y ágil como ella. Así que se esmeró en sus estudios y además se apuntó a todas las actividades deportivas que surgían en el colegio, porque ¿quién sabe?, igual en un futuro ella también podría tener su propia empresa y ayudar a otras personas, pensaba.

Los días pasaban felices. Después de hacer sus tareas, Kenko se dedicaba a estudiar a los animales de la esfera. Últimamente se había fijado de forma especial en una pareja de tucanes que parecían muy unidos. Al que identificó como el macho, por su mayor tamaño, le llamó Pepe; a la hembra, le puso de nombre Justina.

- ¡Mira Sagli, son supermonos! Fíjate cómo se rozan con el pico. Yo creo que se dan besitos.
- ¿No estarán afilándose el pico? ¿Cómo se van a dar besitos? –contestó su hermano.
- ¡Qué insensible que eres, pues claro que son besitos! Mira, mira, y ahora se acarician las plumas.
- ¡Cuánta imaginación! Seguro que se están quitando piojos –seguía diciendo Sagli entre risas.
- ¡Bruto! No tienes ni idea –añadió Kenko, muy enfadada con su hermano.

Tanto miraba la pequeña a los tucanes, que ya había empezado a imaginarse cómo sería tocarlos, estaba segura de que su plumaje era muy suave. La pequeña se había dado cuenta de que para ella ya no eran unos simples hologramas, sino que se habían convertido en sus mascotas y empezaba a tenerles mucho cariño.

–¿Y si dejo que Pepe salga un poco? –pensaba–. Si lo hago rápido y pongo enseguida los ejes del Crope en su sitio, no se podrá ir muy lejos –seguía cavilando.

Dicho y hecho, un día que la línea del Crope coincidía con los tucanes, la niña retuvo unos segundos en su mano la esfera a las ocho en punto, y claro, Pepe salió y se escapó en un halo de luz, tal y como había visto hacer anteriormente a los pingüinos.

Con toda la calma de la que fue capaz, y siendo consciente de la tontería que acababa de cometer, se fue directa al cuarto de Sagli. Al contárselo, tuvo que aguantar su tremenda regañina.

–¡Madre mía, Kenko! ¿En qué estabas pensando? ¡Menudo lío! –la cadena de reproches de Sagli no paraba mientras Kenko le miraba resignada consciente de la gran metedura de pata.

–Igual esta vez es más fácil –terminó diciendo la niña con la esperanza de que su hermano se relajara.

–¿Y eso por qué? –replicó Sagli.



–Pues porque he averiguado mucho sobre ellos. Ya sé, por ejemplo, que son tucanes Toco y que son los de mayor tamaño; sé que viven en parejas, ponen de dos a cuatro huevos y comen fruta, insectos, reptiles y huevos.

–¿Y dónde viven? –preguntó su hermano, cortando la retahíla de información que recitaba Kenko emocionada.

–Pues, pues... –la niña dudaba si debía decirlo o no– en el Noroeste de Venezuela, Guayana, Bolivia, Paraguay, Brasil y Argentina.

–Estupendo, por todo Sudamérica, superfácil –resopló Sagli.

Ambos hermanos se miraron, esta vez sí que era complicado localizar al holograma. No podían recorrerse todo el sur de América buscando a un tucán, era como buscar una aguja en un pajar. Estaban desesperados pensando en cómo solucionar el problema, pero todas las ideas que se les ocurrían parecían tonterías. Era imposible localizarlo. Pero Kenko, que no paraba de observar a Justina, la pareja de Pepe el tucán, se dio cuenta de que algo había cambiado. Justina parecía observarla a través del cristal del Crope. La niña pegó su nariz a la esfera para ver aquella diminuta ave y su mirada se cruzó con los pequeños ojillos negros y brillantes de Justina que la estaba observando con cara de preocupación.

–¡Sagli, Sagli, me está mirando, me está mirando! –gritaba Kenko.

–¿Cómo te va a mirar? Ni siquiera sabe que existes.

–¡Que sí, que sí! No te engañe, fíjate.

–No sé, es muy pequeña, no puedo distinguir si te mira.

–¡Pues me mira! Que yo sé cómo se comportaba antes y nunca se ponía frente a mí. Y ahora, mira, ahí quieta mirándome como queriendo decirme algo.

–Sí, claro, que si sabes dónde ha ido su novio, ja, ja, ja.

–¡Eso es! ¡Igual ella sabe dónde está! –dijo Kenko emocionada–.

¡Ya lo tengo! ¿Y si le mostramos un mapa y vemos qué hace?

–No digas bobadas, ¿ahora los hologramas saben de mapas?

¡Qué cosas tienes, peque!

Pero Kenko ya había dejado de escucharle convencida de su corazonada. Rápidamente fue a su cuarto donde tenía la tablet y buscó en Google los países donde se encontraban los tucanes Toco. Acercando el mapa de Sudamérica al Crope, esperó a que Justina tuviese alguna reacción. Sin embargo, Justina no hacía nada.

–¿Ves? Te lo dije –replicó Sagli.

Aún así, Kenko seguía sin rendirse y pensó que quizás los países eran espacios demasiado grandes como para que el pequeño tucán los identificara. Así que fue enseñando a Justina regiones concretas y parques nacionales. Ya había perdido toda esperanza cuando, de pronto, el tucán se puso a dar saltitos sobre la rama del árbol en la que se encontraba. El lugar estaba claro: el Parque Natural de Iguazú.



Era lunes por la noche y las posibilidades de escaparse eran casi imposibles. Aún así, Sagli llamó a su amigo Tove que una vez más se mostró entusiasmado con otro nuevo viaje.

–Sagli, ¿qué podemos hacer? ¿Se te ocurre algo? –preguntó Tove.

–A ver, déjame pensar... El próximo fin de semana mis padres se van de escapada romántica y estaremos unas horas solos hasta que nos recojan los abuelos por la tarde. Sería una buena oportunidad para salir de viaje. Pero siempre estamos gastando tus ahorros, Tove, no me parece bien.

–¡No digas tonterías! No hay mejor inversión que salvar el mundo –dijo Tove sonriente, mientras le guiñaba un ojo. Y en ese instante Sagli se dio cuenta de que su amigo a veces podía parecer un cabeza de chorlito, pero la verdad es que era la persona más generosa y desinteresada que había conocido. Y lo que más admiraba de él es que nunca, nunca se daba por vencido.

Los padres de Kenko y Sagli se fueron de fin de semana. Los abuelos pasarían a recogerlos el sábado por la tarde después de que sus padres se hubieran ido. Estaba todo arreglado, así que los intrépidos amigos se fueron al aeropuerto con un nuevo destino: Río de Janeiro.

Una vez dentro del avión, Tove les volvió a sorprender.

- Chicos, he traído una cosilla –dijo Tove hurgando en su mochila.
–¿No serán chuches? –apuntó Kenko–. Ya sabes que no son buenas para nuestra salud.
–¡Para nada, qué te piensas! Es algo mucho mejor.

Y mientras lo decía con una amplia sonrisa, sacó de su mochila unas camisetas. Eran blancas y en el centro tenían el dibujo del Crope. Los tres se miraron con cara de complicidad. Ahora sí que eran sus auténticos protectores, ya tenían su símbolo y su camiseta.



Una vez en Río de Janeiro, cogieron otro vuelo con destino a Foz de Iguazú, una ciudad de la región brasileña de Paraná. Desde allí debían coger un autobús que les llevaría directos al Parque Nacional de Iguazú, en el lado brasileño. Habían decidido comenzar a buscar por esa ruta. Una vez sentados en el autobús, se concentraron en observar a su alrededor intentando detectar la selva tropical donde sin duda debía de estar Pepe.

- Sagli, aquí no se ven muchos árboles –dijo Kenko con tono de preocupación.
–Sí, la verdad es que me lo imaginaba de otra manera –contestó Sagli.
–Tenéis razón –dijo una voz desde el asiento de atrás–. Esta región ha sufrido una terrible deforestación.

La voz pertenecía a un muchacho de unos veinticinco años que no pudo evitar escuchar la conversación de los niños. Kenko se giró y frunciendo su pequeña frente le preguntó:

- ¿Qué significa eso?
–Significa que el hombre ha talado más árboles de lo que la naturaleza puede soportar –le respondió el muchacho–. Los bosques ubicados en Iguazú contienen grandes toneladas de carbono que absorben de la atmósfera. Si el carbono no está en la atmósfera, éste no puede dañarnos. ¿Lo entiendes pequeña?
–¿Entonces los árboles nos protegen? –preguntó Kenko.

–Claro y no solo eso. Cuando perdemos bosques nos volvemos más vulnerables a las lluvias ya que corremos el riesgo de terribles inundaciones. Y lo más preocupante es que la selva que ves alrededor tan solo es un siete por ciento de lo que era. ¿Te lo puedes imaginar?

–¡Jo, eso es muy triste! Y los animales que vivían aquí, ¿qué ha pasado con ellos? –siguió preguntando Kenko, alterada por la posibilidad de no encontrar a Pepe.

–También han disminuido en número y muchas especies están en peligro. Especialmente las aves.

–¿Pero por qué? No lo entiendo.

–Muy sencillo, la industria maderera ha abusado de estos bosques talando árboles de forma descontrolada. Además, este entorno se ha visto alterado por la construcción de diversas infraestructuras. Fíjate, solo en el río Iguazú hay hasta seis represas.

–¿Represas? ¿Qué es eso?

–Digamos que cercan el río para generar energía y abastecer así de luz a las ciudades.

–Pero, ¿no debería estar prohibido? –señaló Sagli, un poco cansado de tanto discurso negativo.

–Sí, es cierto. Perdonadme chicos, no me he presentado. Me llamo José Tavares. Pertenezco a un grupo ecológico que lleva años trabajando en esta región para conseguir que las represas no afecten a este ecosistema.



–¿Y no es un poco tarde? –preguntó Tove.

–En cierto sentido sí, pero hay mucho por lo que luchar. Las represas alteran el flujo del agua en cuestión de horas y estos cambios no hay especie vegetal ni animal que lo resista. Estamos intentando que los gobiernos lo controlen, y mientras tanto, ayudamos a todas las especies que peligran.

Los tres niños resoplaron a la vez. Era muy triste comprobar cómo los seres humanos maltratamos a la naturaleza. Al bajar del autobús en el Parque Nacional de Iguazú, pudieron contemplar la hermosura de lo que todavía quedaba. Majestuosos y verdes árboles, salvaje espesura de la selva tropical y unos impresionantes saltos de agua. Tove lo tenía todo organizado y se había encargado de contactar con un guía que les llevaría por toda la selva, en concreto, a los lugares donde había gran cantidad de tucanes Toco. Con todo lo necesario para andar por la espesura, los intrépidos amigos siguieron en silencio al guía. Éste les explicaba los detalles y curiosidades de toda esa exuberante naturaleza que encontraban a su paso. Kenko llevaba el Crope en la mano, se había girado, como pasó el día de los pingüinos, y enseguida empezó a funcionar como una brújula. Sagli iba comentando con el guía los cambios de dirección. Éste no entendía muy bien a los muchachos pero hacía caso a sus indicaciones. Llevaban más de dos horas de caminata y los jóvenes ya empezaban a estar cansados. Habían llegado a una zona poco arbolada cuando de pronto oyeron



cierto revuelo alrededor de una gran palmera. Había otros pájaros revoloteando, loros y unos pequeños pájaros amarillos que parecían estar algo asustados. Y ahí estaba: era el holograma.



Pepe estaba lanzando frutos a un agujero que había en un tronco. Era un nido y de éste asomaba de vez en cuando un pequeño pico que trataba de defenderse de aquel tucán tan extraño. De pronto, apareció otro tucán y el holograma Pepe pareció calmarse. Pero enseguida se puso de nuevo a lanzar todo lo que podía arrancar con el pico.

- Mira Sagli, yo creo que la que acaba de llegar es su pareja, el tucán Justina del mundo real –dijo Kenko.
- Puede ser, pero Pepe está muy nervioso. ¡Pronto, acerca el Crope!
- le indicó su hermano.

Kenko colocó el Crope apuntando hacia las aves, pero no pasaba nada. Estaban demasiado lejos y la esfera no podía atraer a los tucanes.

Y en un instante, todo se descontroló. El holograma de Pepe divisó el Crope y salió volando hacia la otra orilla igual de rápido que una estrella fugaz. Los niños se miraron desconsolados. Lo habían perdido.

El guía estaba cada vez más confuso tras el nuevo cambio de opinión de los niños. Ahora querían dirigirse al lado argentino del Parque Nacional de Iguazú, en la provincia de Misiones. Eso no estaba en su contrato así que se negó a llevarles.

- Sagli, ¿qué vamos a hacer ahora? –preguntó angustiada Kenko.
- No te preocupes, ya veremos cómo cruzar al otro lado.

Las palabras de su hermano le tranquilizaron. Sagli le transmitía serenidad porque siempre sabía lo que hacer, y si no tenía la respuesta en su mano, la buscaba; pero nunca se ponía nervioso.



De pronto, los hermanos vieron al muchacho que les había acompañado en el autobús. José iba con otros compañeros y parecían dirigirse hacia el otro lado.

- ¿Qué pasa, chicos? ¿Qué hacéis por aquí? –les preguntó José.
- Necesitamos ir hacia el otro lado del río. Buscamos a un tucán que se nos ha perdido –dijo Kenko.
- ¿Un tucán? Hay muchos, no creo que podáis encontrarlo.
- En realidad buscamos a nuestros padres –dijo Sagli–. Nos hemos subido al autobús que no era y en realidad deberíamos estar en el otro lado del río. ¿Nos puedes ayudar? –inventó el chico como pudo.

A José todo le parecía muy extraño pero accedió a llevarlos a la otra orilla.

- ¿Y dónde están exactamente vuestros padres? –les preguntó José.
- En las cataratas –se apresuró a decir Sagli.
- Nosotros os podemos llevar hasta el Tren Ecológico.
- ¿Qué es eso? –preguntó Tove.
- Es una locomotora a gas que recorre la selva hasta las grandes cataratas. No tiene pérdida, es de color verde y muy antigua.
- ¡Mirad, vamos bien! –gritó de repente Kenko al mirar la esfera.

Sagli empezó a hacerle señas para indicarle que debía guardar silencio, así no tendrían que explicarle el asunto del Crope a nadie.



El viaje en el tren fue increíble. Fueron atravesando la masa vegetal de la selva tropical viendo frondosos helechos, bromelias, orquídeas y palmeras. Divisaron gigantescos árboles que servían de soporte a una gran variedad de enredaderas trepadoras. También vieron más tucanes, urracas, teros, loros y los increíbles vencejos de cascada, una especie endémica de la zona que vuela entre los saltos de agua. Incluso pudieron observar de cerca a algunos animales que se acercaban a las vías, como los monos o los coatíes.

Al llegar a la famosa garganta, la impresión fue superior. La unión de saltos de más de ciento cincuenta metros de longitud con una caída de ochenta metros de altura era impresionante. El sonido del agua era ensordecedor y los arcoíris que se formaban con la bruma del agua y el sol dibujaban una estampa realmente preciosa. Y así estaban los tres amigos, con la boca abierta frente a aquellas inmensas cataratas, cuando apareció el holograma Pepe. Le vieron volar intentando atravesar los inmensos saltos de agua tratando de volver al otro lado del río.

Sagli no lo dudó, estaba harto de perseguirle y era ahora o nunca. Cogió el Croke y con total decisión lo lanzó al cielo apuntando al ave. La esfera lo atrapó sin más e hizo que los niños también se elevarán sobre la catarata para llevarlos de nuevo a su hogar.

